

EPP Libertas Forum

MADRID, 16 JULIO 2026

Es un honor y un placer acompañaros hoy. Felicito al Partido Popular Europeo por haber convocado en Madrid este Foro. Una iniciativa que acredita su madurez.

Porque los partidos maduros afrontan la realidad, no la esquivan. Y la nuestra, la realidad española y europea e iberoamericana de hoy, exige renovar compromisos y confirmar la esperanza.

Europa, y también Iberoamérica, lo que diga hoy para Europa es igual para Iberoamérica, padece, en lo que va de siglo, una sucesión de crisis globales.

En todo el mundo se desafían certezas que hasta hace bien poco parecían adquisiciones definitivas.

Se vive en constante ansiedad por toda suerte de retos: el ambiental, el tecnológico, el demográfico, el migratorio.

Y cuando las respuestas parecen insuficientes, se llega a cuestionar la misma política y hasta el fundamento de nuestros marcos institucionales.

Europa afronta una encrucijada decisiva. Debe encontrar su lugar en un mundo de competencia desinhibida entre grandes potencias, donde los populismos y las autocracias proponen alternativas a la democracia liberal como óptimo político de nuestro tiempo.

Todo esto apremia a nuestra familia política. El centro-derecha europeo ha sido la principal fuerza de integración europea en las últimas décadas; nuestro desafío consiste en seguir siéndolo en las próximas.

Podemos hacerlo: tenemos una fe resuelta en los valores que profesamos; ellos serán los mejores cimientos para levantar una Europa libre, próspera e influyente.

En nuestra familia política confluyen las principales corrientes de pensamiento del centro-derecha: conservadores, liberales y democristianos compartimos una visión común.

Somos custodios de un legado que hace de Europa algo más que un actor comercial o una organización internacional: una civilización.

Si Europa es una civilización, la Unión Europea es una comunidad de derecho y también un ente político.

Y su naturaleza política, siendo democrática, implica opciones plurales. Por eso debemos tener siempre a punto una oferta atractiva, clara y comprensible que invite a confiar en nosotros.

Por eso creo que hoy tiene mucho sentido hablar de “centro político”. Porque hoy más que nunca se nos invita a rendirnos ante un extremismo cualquiera, de izquierda o derecha; y eso sería abdicar en favor de simplificaciones mentirosas.

En mi opinión el centro es, antes que un lugar, una actitud. Una apuesta por la moderación, que yo definiría en cinco rasgos:

- Disposición a conciliar, sin renunciar nunca al debate constructivo.
- Preferencia por la reforma frente a la ruptura.
- Apuesta por las transformaciones graduales y las instituciones.
- Confianza en las coincidencias fundamentales entre ciudadanos de buena fe.
- Y tolerancia con el discrepante irreductible que respeta la Ley.

Esta moderación es una parte esencial del legado que estamos llamados a transmitir; porque es lo que posibilita la convivencia democrática.

En sociedades plurales, la unidad política no se fragua desde el pensamiento unánime, sino desde la acción común y los objetivos compartidos.

Es decir, sometiéndonos de buen grado a los cauces señalados por el Derecho para organizar la controversia política y los procesos de decisión a que da lugar.

Democracia y estado de derecho, sufragio universal e imperio de la ley deben ir de la mano; debemos combatir sin descanso una de las peores desviaciones políticas de nuestro tiempo: el intento de confrontar y enfrentar Democracia y Ley.

En un día como hoy, conviene recordarlo. La agresión sediciosa al Derecho no debe quedar impune ni –mucho menos– recompensarse.

En España sabemos bien que ciertas pretensiones nacionalistas albergan la esperanza de agrietar los sillares de la Unión –los Estados europeos–, para recomponer el edificio a partir de unos fragmentos empequeñecidos, empobrecidos y enfrentados.

Constituciones y Tratados van de la mano y corren los mismos peligros; siendo las primeras fundamento de los segundos, no podía ser de otra manera.

Hoy es buen momento para reiterar que cuando se ataca la integridad constitucional de un Estado miembro, el agredido es el conjunto del sistema institucional europeo.

La unidad de España, de Francia, de Alemania, de Italia, son el cimiento de la unidad de Europa.

Hoy también es un buen día para recordar que la responsabilidad política implica también el respeto por la verdad y la decencia.

El debate público, secuestrado por el exceso y la descalificación abusiva, se degrada en propaganda maliciosa; de ahí al fracaso de la convivencia, hay un paso.

La democracia consiste en asumir formas de autogobierno popular mediante decisiones maduras en una conversación cívica.

Esta aspiración europea e iberoamericana a una vida libre supo triunfar el siglo pasado frente a enemigos tan encarnizados como el totalitarismo nazi o el soviético.

Hoy, la experiencia democrática vuelve a ser desafiada por nuevas formas de alienación: los efectos polarizadores de las nuevas tecnologías y el crecimiento de poderes al margen de la política que escapan al escrutinio popular y la rendición de cuentas.

En este contexto, muchos ciudadanos europeos sienten mermada su capacidad decisoria y creen estar perdiendo el control de su propio destino.

Este sentimiento es el peligroso caldo de cultivo del populismo.

La Unión Europea no puede ser confundida como uno de los agentes de tal desposesión: nuestra familia política conserva en su acervo doctrinal el principio de subsidiariedad, que acerca la toma de decisiones a la instancia más próxima al ciudadano.

Todo lo dicho me reitera en la convicción de que hoy aquí acierta el PPE dedicando un momento a pensar y recordar quiénes somos.

Debemos a Edmund Burke la definición moderna de partido político: “un grupo de personas concertadas para fomentar, mediante la unión de sus esfuerzos, el interés nacional, sobre la base de algún principio determinado respecto del cual todos están de acuerdo”.

Precisamente, cuando los partidos no están sostenidos por una esperanza y una fe vinculadas a determinadas ideas, principios y soluciones, solo quedan entre sus afiliados uno de estos dos tipos de relaciones: el afecto personal, o el interés personal.

Un partido, vaciado de ideas, pronto deja de ser un partido y degenera en cuadrilla o en facción. Tener un ideario es lo que diferencia un partido de una partida.

Retomaré, para concluir, la noción de “centro”. Antes dije qué entendía por tal cosa; dije que para mí era antes actitud que un espacio; ahora trataré de precisar qué no es, o qué no debe ser, porque tampoco creo que deba ser una mera táctica.

No creo en el centro político como lugar situado a medio camino de cualquier opción política, como *tierra de nadie* donde las propuestas sean tan ambiguas como para resultar aceptables al mayor número de electores capaces de aceptar cualquier cosa.

Yo nunca llamé a eso “viajar al centro”. Porque eso no es el centro y, además, en ese viaje se corre el riesgo de no llegar nunca. Sobre todo, cuando la izquierda se arroga el derecho de balizar el camino.

En su día, tuve el propósito de integrar en España todo lo que estaba "a la derecha de la izquierda". Y se hizo. Una tarea que despegó en 1990, precisamente bajo el lema *Centrados en la libertad*.

Para mí “centrarse” nunca significó adoptar poses claudicantes. No hay por qué ser sensibles a los artefactos propagandísticos creados contra nosotros.

Todavía menos, cuando se fabrican desde posiciones de un dogmatismo y una radicalidad más que obvios.

Porque de lo que se trata con eso no es de que el PP sea más o menos *centrista*, sino de neutralizarlo para que abandone el campo, que es cosa distinta.

Y la política, que en democracia es confrontación tanto como consenso, no puede entregarse al dominio exclusivo de la izquierda, ni a las extravagancias impracticables de los extremistas que flanquean el espectro político.

Además, el *centrismo* como técnica de captura del voto flotante, asume consecuencias de dudosa validez. Por ejemplo, que, en sociedades democráticas, las decisiones las acaben condicionando minorías estrechísimas.

Y que, para cortejar a esas minorías, se adelgace el discurso, se incurra en la autocensura, o se supriman iniciativas necesarias que requieren debate y respaldo popular.

La moderación no implica astenia política, ni ordena resignarse a esperar el final de los ciclos socialistas para gobernar por defecto.

Nunca he creído que el PP solo tenga éxito cuando deja de parecerse al PP.

El PP no es ni sucedáneo ni recambio de nadie; es una alternativa real, tan centrada como definida.

Sé perfectamente que su contundente equilibrio es también el del presidente nacional del PP, Alberto Núñez Feijóo.

Él lidera en España la mejor versión del Partido Popular, la que integra óptimamente la experiencia compleja de un gran partido central y nacional.

Central para toda Europa y para nuestro sistema político. Central también para toda Iberoamérica y para todos los deseos de esperanza democrática y de libertad de tantas naciones hermanas iberoamericanas. Capaz de albergar a todos los que anhelan la alternativa de gobierno que España merece y necesita, pero que Europa reclama y que Iberoamérica desea.

Enhorabuena, mucho éxito y muchas gracias.

